



Tomo VII

Mexico, Domingo 8 de Agosto de 1897.

Num. 311.

DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

VI
En la calzada, que conducía á la plaza de Toros, que de Colón llevó el nombre, hormiguéaba la gente de á pie, los charros á caballo y los elegantes en coches de paseo, todo el mundo riendo y hablando con rara animación y llevando escrito en el semblante el loco entusiasmo de los que van á ver las fiestas de toros. Allá iba, dejando atrás á los otros vehículos, abriéndose paso, á medio atropellar, en los grupos de á pie, un descubierta faeton tirado por cuatro alazanes ingleses y lleno de la genticilla más loca y elegante que en México se ha visto. Manejaba las riendas una muchacha rubia vestida de color de salmon con anchísimos y flotantes lazos de color de hoja seca. Sentábase á su lado un caballero de cortas patillas rubias y detrás en las banquetas un montón de troneras bien vestidos y chisgarabises. No había más que echar ojo á la portezuela de atrás y el pintado blason de Banyuls decía á gritos vanidosos que allí iban Concha, su maridito y sus amigos. Los que le acompañaban esa tarde eran los tres hijos de un abogadillo sin pleitos, tan pobres como empeñosos por ser contados entre los calaveras más aristocráticos y gastadores, para lo cual habían escogido como medio eficaz el ser parásitos inseparables del pródigo condecito de Banyuls.

Dentro del circo, dividido en dos semicírculos, uno de parda sombra, otro de claro sol, la muchedumbre ostentaba sus colores varios como los de un réptil venenoso que se enrosca á orillas de un camino, y hacía sonar sus rumores revueltos como de selva herida por el huracán. En la tendida gradería del sol brillaban los blancos é insuficientes vestidos y los anchos sombreros de palma de los ple-

beyos, las ropas de chillones colores de las mujeres que resaltaban como manchas oscuras los trajecillos cursis y deslustrados de los rotos. Junto á la barrera de sombra un fila de mujercillas españolas (de esas que nuestra antigua Metrópoli deja venir entre celemines de horteras y toreros en las sentinas de sus trasatlánticos, como basura que se arroja al muladar) lucían su impudor, tendidos sobre el barrote delantero los clásicos mantones blancos floreados de vivos colores. Y detrás mofletudos comerciantes, satisfechos capitalistas, jóvenes de la mejor clase y holgazanes incoloros llenaban las gradas, sin que faltasen señoras y señoritas decentes á cuatro pasos de las meretrices. En los palcos de arquitectura arabesca pintados de amarillo iban apareciendo familias muy conocidas; y ese movimiento y ese rumor que precede á las funciones de toros inundaban los ámbitos del coso. Quién zaqueaba los peldaños del tendido en busca de un lugar vacío, quién caminaba tras la valla para ir á saludar á un amigo; uno golpeaba con el roten las tablas, otro comía fruta; éste se limpiaba la frente con el pañuelo, aquel se hacía lenguas de la bravura de las reses por lidiarse. Y se aspiraba el húmedo olor de la arena recién regada y se oía el zumbido sordo de tantas pláticas interrumpido á veces por gritos de impaciencia ó por chistes de mal género.

El condecito de Banyuls apareció en su palco seguido de su mujer y sus pitanceros. Las ramerillas españolas se guiñaron maliciosamente los ojos y hubo alguna que lo saludó con la mano como á viejo conocido. Dos aristócratas que fumaban y reían en el sitio de los jinetes comenzaron á murmurar si aun tendría Enrique con qué pagar los billetes de en-

trada, porque era público que sus negocios andaban pésimamente. En esto asomó en el palco presidencial el Sr. Juez de plaza, el padrastro de Enrique, acogido por la muchedumbre con ese ruido que yo no sé á punto fijo si es de aplauso ó de irrisión.

Poco despues salía por la puerta de la cuadrilla un alguacil vestido á la antigua usanza, cabalgando en zaino potro andaluz, que haciendo corbetas y escupiendo espuma lució por todo el redondel, su más famoso paseo. Acercóse al palco del Juez, pidió la venia y la llave, que atada con un moño de púrpura y gualda le arrojaron y cogió al viento con limpia destreza, y partió al galope ágil y donairoso al son del general palmoteo. La banda musical de los granujas corrigendos comenzó á tocar una transcripción de *Cármén*, llevando el compás con golpes diversos cinco mil espectadores. La cuadrilla entró al redondel, marchando con todo el garbo y salero que en Triana suele gastarse. Venían de á tres en fondo los estoqueadores y banderilleros atestados de lentejuelas y alamares y con las capas terciadas airosamente á su modo; en seguida los picadores, cuyos pantalones de ante, chaquetillas cubiertas de motas y rapacejos y combos y adornados sombreros hacían contraste con la flacura y enfermedad de sus rocines, y al fin las mulas embanderadas para arrastrar á los animales muertos y los mozos de plaza con sus vestidos de abigarrado mico. Agitando las monteras al aire saludaron al presidente y al público y se distribuyeron por la periferia del coso.

Sonó el redoble de la corneta, se abrió el toril y, agitando los airones de la moña negra y colorada que acababan de clavarle, saltó á la arena el primer toro, negro como el carbon

y cuyo rizo testuz y cerviguillo amoratado y rugoso indicaban su bravura y potencia. El primer matador (aquel Manzantini *tendencioso* chulo español que admiraron los mexicanos por gran precio) le quitó la moña á la fiera con una gracia que se derramaba y se la mandó regalar á la Condesa de Banyuls, de cuyo esposo era íntimo amigo. Concha se sacó del dedo una sortija de brillantes y se la arrojó al espada. Al ver aquel lance un hombrecillo muy obeso de antiparras azules que estaba en el escaño inmediato, rechinó los dientes y lanzó un gañido inexplicable. Las turbas aplaudían. El torero con tres ó cuatro capeos elegantísimos y muy correctos le gastó la ligereza á la res. Ya los picadores la esperaban formando grupitos junto á la barrera con los peones, que meneando la capa atraían al cornúpeto. Se paró éste un instante, miró con asombro á los jinetes, rasó la arena con las pezuñas delanteras, olió el suelo, quedóse como indeciso, moviendo lentamente la cola y mosqueando alternativamente con las orejas y se arrancó de repente con fuerza de titan. Recibióle la punta de la pica, hiriéndole en el morrillo, saltó un chorrito de sangre, y, no bastando ni el esfuerzo del jinete ni la dureza del castigo á contener su ímpetu, atravesó con el cuerno derecho el caparazon, enganchó al jamelgo, y volcándole siguió su carrera con el asta ensangrentada, entre pequeñas nubes de polvo. El caballo herido rodó, embrocando en la arena la húmeda masa de sus intestinos con un charco de sangre y el picador cayó como cuerpo muerto, sonando su armadura contra las tablas de la valla. Concha aplaudía risueña con sus manecitas enguantadas de blanco. La sensibilidad, lo último bueno que le queda á la mujer, en Concha se había presentado en quiebra. La suerte de varas se repitió seis veces con igual ventura. La fiera dejó estampadas en el polvo otras tantas caballerías. Quedaba una semi-viva, echada, con la cabeza alta y desvendada, enredando una pata en sus propias tripas. El toro se acercó á rematarla, le vió venir, hizo vano impulso por incorporarse, bufó tristemente y dos cornadas la deshicieron el cráneo. El pueblo aplaudía, no á los lidiadores, á la bestia brava. Gritos obscenos y blasfemias atronaban el aire. Aquello no podía ser un pueblo civilizado, sino una horda de cafres vestidos.

El clarín tocó á cambio de suerte. Dos toreros empuñaron los rehiletos adornados de crugiente oropel y papelillos rizados; agitando los brazos citó el uno á la res, que con la cabeza inclinada se fué sobre él. Desvió el lidiador su cuerpo con maña y clavó en la cruz del animal los dos palos [cuyos rejonos rechinaron al entrar en la carne convulsa] y quedaron rectos y levantados como los cuernos de una babosa, mientras dos hilos de sangre bordaban la negra piel y el bruto adolorido y furioso corría ciego de cólera á buscar venganza. Poco despues el toro, jadeante, con el lomo erizado de banderillas se detenía en medio del coso, lanzando como miradas de bestial desdeñ al divertido gentío. Sonó tercera vez el bronco. El espada, con terno de negro y dorado tomó el estoque y la muleta, se dirigió á Enrique Marot y brindóle la muerte de la fiera en estilo ménos ruín del que suelen emplear los de su clase. Erguido, y bien puesto, con la espada de azul empuñadura en la diestra extendida hácia atrás, en la siniestra haciendo temblar la engañifa encarnada, llamó á la fiera, que vino á embestir el trapo con noble estupidez.—Ese toro es noble como un príncipe—gritaba el de Banyuls poniéndose rojo. Cinco ó seis veces el matador hizo pasar al animal atraído por la flámula, tan cerca de su cuerpo que la última le rozó con los pitones el cuerpo, y, viéndole colocado en buena posición, le undió el estoque hasta el puño en lo más alto del lomo, más no con tanto acierto que le matase. Dos ó tres veces más aquel relámpago de acero, que el hombre blandía, desapareció instantáneamente envainándose en el cuerpo del toro, y este vió. Enojado el torero, intentó el descabello,

la punta rasgó el testuz, levantóse un chorro de sangre, la fiera dió un salto descomunal y rodó exámine á los pies del matador. Una lluvia de sombreros, de tabacos y monedas cayó al redondel. Enrique Marot le arrojó al torero su cartera de piel de Rusia con billetes de Banco.

—¡Ah! tienes carteras y billetes para los toreros y no puedes pagarme doscientos pesos, grandísimo canalla—gritó una vocecita apretada por la ira. Y en dos por tres escaló el palco del condecito aquel hombrecillo de las antiparras azules, y cogiendo por la solapa á Marot, continuaba furioso: Págame, págame, no te irás sin pagarme, supinísimo tramposo. Enrique había palidecido, acababa de reconocer á cierto rufian á quien le debía justamente doscientos duros por asuntos indecibles.

—Espérame, dejáme—le respondió por lo bajo—todo lo tendrás.

—¿Sí? ¿cuándo? No me engañas más. Ahora te cubro de vergüenza.

—Vaya V. á mi despacho. Aquí no es lugar de cobrar cuentas.

—Me pagas ó te estrangulo y te doy tu despacho, aunque la trampa nos lleve á los dos.

Así que la algazara de los que aplaudían hubo sesagado un poco, muchos espectadores se dieron cuenta del lance que en el palco ocurría, un chusco de sol gritó con las manos ahuecadas en torno de la boca: ¡qué pague! Otro: ¡no te lo comas! Uno de más allá: ¡si es el conde! ¡qué bochorno! Y el vociferar fué creciendo y las risas y el escándalo y en medio de la general algarada, la policía se llevó al acreedor y el conde de Banyuls abandonó el palco seguido de los suyos.

VII

Enrique guiando su carruaje, casi fuera de sí, volvía á su casa taciturno y desfigurado, su mujercita contra su hábito no chistaba, los otros iban consternados. Alfredo Rosete, el mayor de los tres amigos se atrevió á interrumpir tan enojoso silencio.

—Hombre, Enrique—dijo—yo no había osado decírtelo, porque no sabía si te pareciera bien. Si quieres papá puede arreglar tus negocios. ¿Para cuándo son los amigos?

—Hombre—repuso Marot—sí, si quiere tomarse esa molestia.

—¡Qué molestia! Sí, ya ves que esto anda mal, papá puede desenredar este lío.

—Acepto con mucho gusto.

Ocho días despues el Lic. Rosete abrió un concurso de acreedores como apoderado de Enrique Marot y Villafranca. Yo no sé bien á bien la marcha del negocio; pero segun mi leal saber y entender aquello acabó pésimamente. Enrique se quedó en la última miseria. La Sra. Echeveste tuvo que recoger á su nieta y al maridito en calidad de arrimado para que no se muriese de hambre. En cambio Alfredo Rosete paseaba por la calzada de la Reforma la realizacion de su más dorado ensueño, llevando las riendas de su *facton* tirado por cuatro alazanes y del cual ni siquiera había borrado el blasoncito de Banyuls para sustituirlo con su monograma. Mientras su padre iba á todas partes en un cupé con idénticos escudos en las portezuelas,

VIII

El condecito no pudo resistir á tanto desengaño y á tanta humillacion. La indiferencia de su madre, el abandono de sus amigos y el desprecio del mundo entero al ver su caída le hicieron mucho daño. La amargura del pan ajeno rociado con lágrimas y el maltrato de su mujer y su abuela política minaron su salud. Enfermó de larga y desconocida dolencia. La Sra. de Echeveste y su nieta al cabo de seis meses se cansaron del enfermo, que fué á terminar sus días una de tantas noches en la cama de un hospital.

Concha recobró su libertad y la adquirió mayor con la muerte de su generosa abuela. Su viudez fué de esas cosas que claman al cielo. Las concurridísimas tertulias, que dab

hicieron raya en la sociedad y su honra fué el plato del día durante algun tiempo en los círculos de maldicientes magnates. Luego todo el mundo se cansó de aquella novedad, se fué familiarizando con el escándalo y acabó por callar sobre las cosas de la famosa viuda, que en aventuras amorosas y andando á picos partidos recorrió toda la escala social.

(Continuará.)

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA SEGUNDA.

Esther, Elisa, el Coro.

Una israelita, entrando desde adentro.

¿Qué dulce voz nos llama, hermana mía?

OTRA.

Reconozco los plácidos acentos
De la reina.

LAS DOS.

¡Ternísima alegría!

¡Obediencia á tan gratos sentimientos!

La reina nos llama

Con plácida voz;

Corramos, volemos,

A su rededor.

Todo el coro, entrando al escenario por distintos puntos.

La reina nos llama

Con plácida voz;

Corramos, volemos

A su derredor.

ELISA.

Qué miro ¡cielos! hermoso enjambre

De numerosas, castas bellezas,

Decoro santo, pudor amable

Bañan sus rostros, celestes tintas

De la inocencia que á la alma atrae.

¡Cara esperanza de sacro pueblo

Os guie la dicha siempre adelante!

Los suspiros inocentes

De ese tierno corazon,

Suban á Dios como incienso

De muy agradable olor,

Y que de paz las miradas

Os envíe del cielo, Dios.

ESTHER.

Cantadnos, hijas mías, algunos de esos cantos
Que con frecuencia me hacen el llanto derramar,
Cantad en tristes voces mezcladas con los llantos
De Sion las desventuras, su duelo y su pesar.

Una israelita canta sola.

¿Dónde está? Salem, tu gloria

Y tu esplendor dónde está?

¡Cuán deplorable es tu historia,

No te admira el orbe ya!

Porque es tu grandeza, escoria

Polvo vil, al terminar:

¡Sólo tu triste memoria

Convidanos á llorar!

Oh Sion, fuiste sublimada

En otro tiempo, hasta el cielo,

Y hoy en tu profundo duelo

Al abismo sepultada.

¡Quede sin voz, si retiro

De mis cantares tu amor,

Si hasta el último suspiro

No recuerdo tu dolor.

TODO EL CORO.

Oh Jordan de apasibles riberas,

Bellos campos y montes sagrados

De los cielos bondadosos amados,

Que en prodigios Jehová señaló!

¡A esa patria, por siempre extranjeras,

Donde duermen el último sueño

Nuestros padres, de amor nuestro empeño

No verá, por justicia de Dios?

Una israelita, cantando sola.

¿Cuándo ¡oh Sion!, levantarse, he de ver

Muros, torres y régias techumbres

Y gozosas las mil muchedumbres

A tus fiestas cantando correr?

TODO EL CORO.

Oh Jordan de apacibles riberas,

ESCENA TERCERA.

Esther, Mardoqueo, Elisa, el Coro.

ESTHER.

¿Qué profano se atreve á estos lugares

A llegar? ¡Mas que miro! ¡Es Mardoqueo!
 ¡Oh mi padre! ¡Sois vos? ¡Sin duda un ángel
 Os cubrió con sus alas conduciéndoos
 A este sitio ocultando vuestra entrada?
 ¡Mas qué quiere decir, según advierto,
 Ese aire sombrío, y ese espantoso
 Silicio, para qué vuestros cabellos,
 Cubren hoy la ceniza? ¡Alguna nueva
 Terrible nos direis?

MARDOQUEO.

El llanto y duelo,
 Oh reina infortunada, y cruel destino
 Prepárase hoy al inocente pueblo;
 Leed, la órden leed, ... cruel... destestable...
 ¡Llegó el fin de Israel y nos perdemos!

ESTHER.

¡Justo cielo! ¡La sangre de mis venas
 Se hiela al leer el bárbaro decreto!

MARDOQUEO.

De todos los judíos exterminarse
 Debe la raza toda sin remedio:
 Del sanguinario Aman somos la presa,
 Ya las espadas y puñales fieros
 Preparados están, la nación nuestra
 Proscrita se halla y la amenaza el duelo;
 Aman, el impío Aman, de Amacelita
 Estirpe, para el golpe tan funesto
 Ha sorprendido al rey con sus amañíos
 Y se ha valido, al engañarlo, artero
 De todo su favor, su boca impura
 Horror del orbe nos pintara y crédulo
 En demasia el monarca, ya ha firmado
 El de exterminio, bárbaro decreto,
 Sus órdenes reales, como el rayo
 En todos sus Estados se esparcieron.
 El día fatal de la matanza horrible
 Se ha señalado, ni la edad, ni el sexo
 Libraránse de atroz asesinato
 Y todo será presa deplorable
 De los tigres y buitres carniceros,
 Y ese día temido y espantoso
 Dentro de diez señalase cual cierto.

ESTHER.

¡Oh Dios de nuestros padres, Dios clemente!
 Que ves formar designios tan funestos:
 ¡Acaso de Jacob, de tu elegido,
 Dejas perder los angustiados restos?

Una de las más jóvenes israelitas.

¡Oh cielo! quién será nuestro socorro
 Faltándonos tu ayuda y valimiento?

MARDOQUEO.

Dejad, Esther los lloros á esas niñas,
 Que en vos se ha colocado la esperanza
 Ahora de nuestros míseros hermanos
 Y es preciso, las horas son contadas,
 Presto auxiliarlos, porque el tiempo vuela.
 El nombre hebreo sin duda se borrara
 Del número de pueblos ese día
 De la hecatombe en la insaciable nada.
 Y llena del ardor de los profetas
 Del santo fuego, inspiracion sagrada,
 Id al rey, declaradle valerosa
 Quién sois y vuestro origen, vuestra raza.

ESTHER.

Ah! no sabeis acaso cuán severas
 Leyes, delante el rey prohíben la entrada,
 Su majestad tremenda se halla oculta
 A sus vasallos, en temible alcázar.
 De aquel que se presente sin llamado
 La muerte será el precio de su audacia,
 A no ser que á besarle le dé el cetro
 Por librarlo, al instante, pío el monarca.
 No hay excepcion á la funesta órden,
 Sexo ni rango de su ley ampara,
 El crimen es igual y aunque yo misma
 Su trono vasto con el rey compartía
 Como otra cualquiera sometida
 A esta ley estoy que todo iguala,
 Y sin aviso, es fuerza para hablarle
 Que él me busque ó espere ser llamada.

MARDOQUEO.

¡Y qué! ¡Teneis en algo vuestra vida
 Cuando en la muerte contemplais la patria?
 ¡Y teneis de un mortal esos furorés
 Cuando el Eterno en sus bondades habla?
 ¿Qué digo? ¡Vuestra vida! ¡Os pertenece?
 ¿Y no la sangre de que sois formada?
 ¿No es acaso de Dios, que cuando al trono
 Os condujo, El lo sabe, os la prestara,
 Para salvar á su Nación querida
 Y con clemencia celestial os guarda?
 Pensadlo bien, no sólo os eligiera
 El Dios piadoso, para ser del Asia
 Espectáculo inútil á sus pueblos,
 Ni encantar del profano las miradas.
 Para inmolarse por su Nombre augusto,
 Para inmolarse á su heredad sagrada:
 Para ese destino, que es glorioso,
 Al abnegado justo reservara.
 De una hija de Israel he aquí la herencia:
 ¡Dar la vida por El, qué venturanza!
 ¿Necesita su Brazo nuestro auxilio?
 ¿Qué podrán en su contra los monarcas?
 En vano se unirán á combatirlo,
 Serán en vano guerras y campañas,

Que para disipar su liga impía
 Como á polvo, es potente su palabra,
 Porque los mares huyan, tiemble el cielo,
 La voz temida de Jehová le basta,
 Y todo el Universo confundido
 Es á su Omnipotencia como nada.
 Ante sus ojos los mortales son
 Cual débiles aristas arrastradas,
 Cual juguetes de muerte inexorable,
 Como humo, como sombra, como paja.

Y si hoy en sus secretos permitiendo
 Está de Aman la criminal audacia,
 Sin duda pone á prueba vuestro celo;
 El me hace en vos buscar nuestra esperanza,
 El guió mis pasos para hablaros luego
 A vuestra oculta y sigilosa cámara.
 Y si El quiere mostrar sus maravillas
 Hoy su voz poderosa por mí os habla,
 El puede quebrantar nuestras cadenas
 Y confundir á Aman, porque le bastan
 Las más débiles manos que en el orbe
 Su bondad á nosotros preparara
 Vos, vuestro pueblo pereceis sin duda
 Si tímida rehusáreis esta gracia.

ESTHER.

Id: los de mi pueblo todos
 Que están en Susa esparcidos
 Con vos al ayuno y preces
 Se entreguen y á los cilicios:
 Porque sus votos me ayuden
 A impetrar del Dios benigno
 La gracia en estos tres días
 Para el caro pueblo mío.
 Mas ya la sombría noche se avecina,
 Y cuando el sol alumbrará mañana
 Contenta iré, do el cielo me destina,
 Por Israel, en oblation temprana.
 Un momento alejaos.

(Continuará.)

VIDA MODERNA.

I

PUES, señor, este era un padre que tenía
 cuatro hijos: el mayor tenía veinticuatro
 años, el segundo veintitres, el tercero
 veintidos y el cuarto veintiuno.

Y el padre era viudo, y banquero, y muy
 rico, muy rico.

Y como los tres chicos tenían ya el grado
 de bachiller [que no sirve para nada práctico
 en la vida moderna,] les reunió un día y les
 dijo:

—Ea, hijos míos, á elegir carrera; ¿qué
 queréis ser?

El mayor, que se llamaba Manuel, res-
 pondió:

—Padre, yo quisiera ser abogado.

—Conforme—dijo el padre—abogado
 serás.

El segundo, que se llamaba Antonio, res-
 pondió:

—Yo quisiera ser médico.

—Médico serás tú, no me opongo.

El tercero, que se llamaba José, respon-
 dió:

—Yo, padre, deseo ser comerciante como
 tú, y banquero, y hacerme rico pronto.

—Te daré los medios de ser lo que deseas.

El hermano más pequeño despues de una
 larga pausa, y con cierta dulzura, dijo:

—Papá, yo quiero ser ladrón.

¡Aquí fué ella! El padre dió un salto en
 la silla, que á poco más toca con la cabeza en
 el techo. Los hermanos lo trataron de perdi-
 do, mal estudiante, vago, tramposo, mal hijo,
 mal hermano y futuro mal ciudadano. Hasta
 los criados y los vecinos se escandalizaron al
 saber tan perversos instintos. Pues nada, el
 chicho repetía:

—¡Yo quiero ser ladrón, y ladrón seré,
 y si no se me permite, me voy de casa!

Y de casa le echó el padre y le maldijo, y
 aquello fué un verdadero drama de familia.

Y á la noche, Dimas, que así se llamaba
 el cuarto hijo del ricachón, hizo su maleta y
 le dijo al criado más antiguo de la casa, que
 no se había enterado de nada y creyó que el
 señorito se iba á ver á algun pariente de los
 muchos que tenía el amo en Castilla ó en An-
 dalucía:

—Ramon, no quiero molestar á mi pa-
 dre, y tengo un apuro: ¿quieres prestarme

mil pesetas, que te devolveré la semana que
 viene?

Ramon, que tenía "gato," como suele de-
 cirse, resultado de sus economías, contó dos-
 cientos duros y se los prestó.

—Vaya—dijo Dimas marchándose para
 no volver—una deuda es una deuda; por con-
 siguiente, ya tengo una base.

II

Y pasaron veinticinco años.

¡Veinticinco años! Mucho tiempo es y
 nada se supo de aquel mal sujeto.

Y ya el padre tenía setenta y pico, y es-
 taba muy viejecito y muy achacoso, porque en
 todo aquel tiempo había perdido toda su for-
 tuna en malas especulaciones.... Quebró el
 Banco de los Países Altos, donde él tenía su
 base y su crédito; se le escaparon dos ó tres
 amigos á quienes había prestado miles de du-
 ros.... Y el que antes tuvo coches y casas
 propias, y palcos, y quintas, ahora vivía, des-
 pues de haber pagado poco á poco, y como
 hombre de bien, su pasivo, en un cuartito de
 doce duros al mes, en la Costanilla de los De-
 samparados. ¡Pobre hombre!

Los hijos tampoco tuvieron gran fortuna.

Manuel, el abogado, no logró en los vein-
 ticinco años defender más que dos pleitos, y
 los perdió los dos, por más que decían que
 sus clientes tenían razon; pero la parte con-
 traria tenía favor; el abogado de los pícaros
 conocía Ministros, Diputados, Senadores, le
 ganó los dos pleitos "como quien lava." Y
 Manuel, desesperado, tuvo que apelar á ser
 empleado de una empresa particular, con dos
 mil pesetas al año, ménos de lo necesario pa-
 ra mantener á su mujer y sus cinco hijos. Lo
 único que sacó de sus desdichadas campañas
 en el foro fué la cruz de Isabel la Católica,
 que le dió un Diputado amigo suyo; pero no
 se la puso nunca, porque no es costumbre.

Antonio, el médico, no tuvo mejor fortu-
 na. Al comenzar á ejercer su carrera se le mu-
 rieron dos ó tres enfermos, porque tenían que
 morir, porque Dios lo dispuso así, ¡porque
 hay enfermedades que no las cura nadie!
 ¿Qué más quisieron todos los médicos, sus
 amigos y envidiosos? Empezaron á decir que
 era un "asesino," que no sabía una palabra
 de medicina, que su padre era un estafador,
 un comerciante de mala fé, y que los enfer-
 mos no debían llamar al hijo de tal padre.
 Gracias á un amigo de la infancia, médico co-
 mo él, y muy bruto, pero que tenía dinero y
 montó una consulta de lujo, con aparatos es-
 tupendos, y anunciaba en los periódicos á
 veinte duros por día la curacion radical de un
 sin fin de cosas; gracias á este amigo, repito,
 obtuvo una plaza de médico de baños, pero de
 unos baños que no eran todavía conocidos y
 no estaban bastante anunciados. Tuvo, la pri-
 mera temporada, catorce bañistas nada más.
 Dos de ellos eran dos "juelguistas" madrile-
 ños, enfermos del estómago, que en vez de
 seguir el régimen del establecimiento, se pa-
 saban las noches bebiendo cañas y tocando la
 guitarra.

Uno de ellos, á fuerza de mezclar el ré-
 gimen con las borracheras, tuvo una especie
 de cólera fulminante y se murió en tres días;
 el hermano, que no quería pagar los baños,
 comenzó á decir que aquellas aguas eran una
 engañifa y que el médico no sabía lo que traía
 entre manos, y publicó comunicados en los
 periódicos y se armó un lío de mil demonios,
 y á mi D. Antonio le dejaron cesante, y se
 volvió á Madrid deshonorado y cesante y sin
 una peseta. No le caía un enfermo por nada
 del mundo. Se estableció sucesivamente en
 dos ó tres pueblos de Navarra, Aragon y Rio-
 ja. La gente del campo no le pagaba, y en
 cuanto se moría cualquiera la emprendían á
 pedradas. Se volvió á Madrid desconsolado y
 vivía de lo poquísimo que le daba un botica-
 rio de esos que hacen de médicos y venden
 drogas que lo curan todo.

José, aquel que quiso ser comerciante co-
 mo su padre, no hizo más que perder dinero,
 tiempo y salud en veinticinco años. Puso una

tienda de cosas muy bonitas, corbatas, tapabocas, perfumería, botones, brazaletes, cartetas, petacas, bastones, paraguas, camisas, relojes, estatuas, cacharros, objetos de arte, chirimbolos de moda... Pues con los tratados de comercio, los derechos de aduanas, la clientela rica y viciosa que paga cuando quiere ó no paga, las guerras, los malos tiempos, los que pagan á plazos las letras que no esperan, los protestos, las existencias, el demonio que lo enreda... ¡cataplun!, un día hizo quiebra. La gente exclamó:

—¡Es claro! ¡Tal padre, tal hijo! ¡Si no podía ser! El comercio se alegró, los deudores quedaron en paz, y mi D. José y su mujer y sus chiquillos en la calle, y tuvo que acabar por ser administrador de un periódico semanal á razon de seis reales por día, y no bien pagados.

Iban los tres hermanos á velar á su pobre padre, que estaba enfermo, y sólo con una criada y faltó de médico y de medicamentos, y cuidado por su hijo Antonio, que le recetaba cosas que costaban muy caras, y allí, en el modestísimo cuarto del tercer piso de la Costanilla, solían decir:

—¿Qué habrá sido de Dimas?

—Estará en la cárcel—decía el padre.

—Se habrá muerto—decía Manuel.

—O lo habrán matado.

—¡O sabe Dios!

—¡No haber escrito una carta en veinticinco años!

—¡Qué miserable!

—¡Qué mal hijo!

—¡Qué mal hermano!

—Rogad por él, hijos míos—decía el padre—Dios haya tenido compasión de aquel desdichado!

III

Y héte aquí que una tarde (domingo era y estaba reunida toda la familia) entra la criada con una tarjeta, y dice:

—¡Señor, ahí está un lacayo que trae esto, y hay un coche á la puerta!

Manuel cogió la tarjeta y leyó:

“El Marqués de Sahagun.”

Gran asombro en la casa. ¡Un Marqués! Comenzaron todos á poner las sillas en orden, á arreglar bien la cama del enfermo, á ponerse las corbatas, á esconder la baraja con la que estaban jugando al tute los tres hermanos junto á la cama del padre... ¡Un Marqués en un piso tercero! ¿Quién será?

Marqués de Sahagun...—decía el anciano.—Sahagun es mi pueblo, en la provincia de Leon, y allí no hay título tal...

—Ahí está ese señor—dijo la criada.

Y entró en el cuarto un hombre como de cuarenta á cuarenta y seis años, elegantísimo, con una condecoración encarnada en el ojal, y oliendo á perfume del más caro.

A una voz exclamaron todos:

—¡Dimas!!

Era él; á pesar de su barba rubia y de sus cabellos, que empezaban á ser grises, bien lo reconocieron todos... Y Dimas se acercó á la cama, se puso de rodillas y dijo:

—Padre, el Hijo Pródigo volvió pobre y astroso al hogar paterno. Aquellos eran otros tiempos. Yo vuelvo millonario y poderoso. ¿Me perdonas?

Hay en la riqueza y en el hombre rico una atmósfera que seduce y embriaga á los tontos. Toda la familia pensó en un segundo que la vuelta de Dimas significaba el bien general. Veinticinco años de maldiciones y de acusaciones terribles, fueron olvidadas en un segundo.

—¡Hijo, hijo mío!—exclamó el padre—¡Bien venido seas!

Manuel, Antonio y José le comieron á besos y abrazos. Dimas era en aquel cuchitril como un Dios! ¿Qué de expansiones, qué de preguntas, qué hora tan feliz, qué alegría!

Y despues de las naturales muestras de cariño el padre le dijo:

—Cuenta, hijo, cuenta cómo has llegado á situación tan grande.

Dimas fué hacia la puerta; la cerró con llave, y una vez que estuvieron solos, en familia, dijo ántes de empezar su relacion:

—¡Robando, padre!

IV

Se incorporó el anciano en la cama, aterrado.

—No, no tenga usted cuidado, padre; no he hecho nada malo, segun expresion corriente. Vengo lleno de honores, de millones, de consideraciones; ¡he hecho lo que se llama vida moderna!

Verá usted.

Con las mil pesetas que le saqué á Ramon... Y, á propósito, ¿qué ha sido de Ramon?

—Está viejísimo, y como soldado viejo, le conseguimos una plaza en inválidos.

—Esta misma tarde iré á darle mil ó dos mil duros.

La cifra cayó en la familia como un rocío.

—Y á tí, Manuel, te he reservado veinte mil, y á vosotros, Antonio y José, otro tanto. Y á usted, padre, le he comprado ayer un hotel en la Castellana y allí viviremos todos juntos, y ha de estar usted como un rey.

¡Ya no le oían, le admiraban como á un sér sobrenatural.

—Pues con aquellas mil pesetas y otras mil de un amigo, me embarqué para los Estados Unidos, país de dinero y sin moral. Mientras hallaba manera de hacer “negocio” [eso que se llama en la vida “negocios” y que consiste en apoderarse del dinero de los demás,] hallé ocupacion en casa de un gran armador, hombre poderoso; y á los seis meses, le robé la mujer.

—¡Jesus!—exclamó el padre.

—¡Una pasión, papá! Lo que se llama en la prensa de ámbos mundos un drama “pasional”! Todo el mundo se puso de mi parte. La mujer era jóven y exuberante de vida; el marido era viejo y enfermo, y la trataba muy mal. Los periódicos publicaron mi fotografía, la de ella y la del viejo pegándose un tiro, y fuí el héroe del país y me fuí á California con el objeto de mi pasión. Como ella trajo de la sociedad amorosa medio millon de dollars, y allí el que tiene más dinero es el más considerado, lancé uno de esos negocios á los que responde todo el mundo. Una mina de oro, que ni tenía oro ni Cristo que lo fundó.

—¡Pero eso es un engaño!

—¡Pero eso se hace todos los días, y el público, que es un infeliz en todas partes, suscribe las acciones en cuanto se las piden! Luego viene la quiebra. Para eso pues yo al frente á un cualquiera, que tenía la responsabilidad: yo no figuraba más que como Director con sueldo. El día de la catástrofe, el otro fué á los tribunales y yo me dí por robado. ¡Ah! Te ríes, Manuel, ¿verdad! Tú, como abogado, debes saber mucho de eso, ¿eh? ¡Vaya, que por diez mil duros de honorarios, me hubieras defendido!

Ya con el dinero ganado en aquella especulacion [en la vida moderna, padre, se llama especulacion á estas cosas, ya no es como ántes!] me fuí á Paris riquísimo, me instalé en grande y me hice ciudadano francés.

—¡Francés!—gritó el padre incorporándose en la cama.—¡Mi hijo francés! ¡Oh, no! eso sí que no...

—Pero, papá, ¿usted no sabe que tenemos en España la ley más cómoda y mejor entendida del mundo? Es la única que tiene previsto el caso del arrepentimiento y del patriotismo. Segun el artículo veintiuno del Código civil, el español que pierde su calidad de tal por adquirir naturalaleza en país extranjero puede recobrarla declarando que tal es su voluntad ante el encargado del Registro civil del domicilio que elija. Y ya lo he hecho, y tan español soy como ántes, y ya hice mi fortuna con los franceses.

—¡Qué listo!—dijo Manuel.

—¡Es asombroso!—dijeron los demás.

—Ya en Paris, ciudad esclava del dinero y del que lo tiene, emprendí un sin fin de ne-

gocios, todos malos para los demás y buenos para mí. Los franceses son como los niños; se dejan engañar con una facilidad increíble. Reuerde usted lo que ha pasado con el Panamá, con la Sociedad de Metales, con las minas de oro del Transwaal, que son una verdadera red de coger gorriones. Y como en Paris hay que imponerse por el dinero y por los honores, y en aquel país republicano hay la manía de la nobleza, el primer año que estuve allí fuí al verano á Roma y compré un título: Marqués de Sahagun soy. Con esto y con dar bien de comer, que es el gran sistema moderno de tener amigos y aduladores, en seguida me apoderé del mercado. Un inventor sin una peseta, como todos los inventores, me contó su invencion. Le robé la idea y me hice rico.

—¡Por Dios, hijo mío!...

—¡Pero usted no sabe que nadie que produce, ó inventa, ó crea, sale adelante? Al escritor lo explota el editor, al cómico el empresario, al inventor el capitalista... ¡el capital! ¡Yo soy el capital, y todo el mundo se prosterna ante mí! los millones venían como agua... Condecoraciones, cruces, encomiendas, las tengo de todos los países de la tierra... ¡Sobre que hay Agencias que las venden! En una palabra; aquí estoy, tengo cuarenta y seis años, me llaman “el opulento banquero,” el “grand financier,” el “filántropo,” porque doy miles de francos para los pobres, y ahora voy á fundar aquí un Hospital y una Escuela, y todo lo que se quiera... ¡Conque, ea padre; mañana á tomar posesion del hotel; todo el piso bajo para usted, el principal para éstos con sus familias; cada uno tendrá en el Banco treinta ó cuarenta mil duros, y yo voy á dedicarme á ser diputado, senador, ministro!... ¡Yo haré las leyes!

Y acabaron todos por reír á carcajadas, y les embriagó de tal manera el oro que les caía como del cielo, que el padre, medio paralítico, saltó de la cama, y Manuel corrió á avisar á su casa, y Antonio cantó, y José empezó á pensar en los grandes almacenes que iba á instalar en pleno Madrid, y Dimas reía gozoso al verlos felices, y le dijo á un pobre que le abrió la portezuela del coche:

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡Yo he trabajado desde niño!

Y toda la familia repetía:

—¡Este diablo de chico! ¡Siempre tuvo mucho talento! ¡¡Talento!!

EUSEBIO BLASCO.

29 Enero 1897.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXXV

Es al hombre, á mi ver, fácil tarea
Saber para qué sirven tantas cosas
Que pueblan este mundo. Así las rosas
Dan perfume y alegran, ya la aldea,
Donde la esbelta palma se cimbrera,
Ya el palacio ó las selvas primorosas;
Las encinas vetustas y ramosas
Dan bellotas que el cerdo saborea.
La luz ¿qué hay más útil y más bello?
La música ¿no mengua el triste lloro?
Todo abarca el mortal con la mirada
Del espíritu, y lleva erguido el cuello
Porque vale: y yo también ¿qué ignore?
Pues, señor... que no sirvo para nada.

XXXVI

A LA SEÑORA MERCEDES PEREZ.

Mercedes, mi rudo acento
Nunca traducir podría
Lo que encierra el pensamiento,
Ni la dulce poesía
Del placer de este momento.
Aunque mi lira tuviera
El murmurio de la fuente,
Y en sus notas plácentera

Remedara suavemente
El cantar de ave parlera,

¿Cómo expresar la dulzura
Que la amistad con sus flores,
Prodiga sonriente y pura,
Si me baña en los fulgores
De inesperada ventura?

Hay momentos en la vida
En que el ángel del consuelo
Amoroso me convida,
A gozar en este suelo
De calma desconocida.

Si entónces el pecho quiere
Describir las sensaciones
Con que la emoción lo hiere,
El rumor de sus canciones
Sube á la garganta y muere.

Por esto el humilde canto
Que hoy entono en tu loor
Para celebrar tu santo,
No tiene sublime encanto,
Ni es de acento arrobador;

Pero brotaron sus notas
Del cariño á los halagos,
Como en esferas remotas
Al cruzar celajes vagos
Llueven cristalinas gotas.

Es tan rara la amistad
Cuando en su tranquilo seno
Hay sólo sinceridad,
Y no la mata el veneno
De la negra deslealtad,

Que hoy palpita el corazón
Al contemplar su sonrisa,
Con la mágica fruición
Con que el oriental divisa
El eden de la ilusión.

Así en el erial penoso
Que cruzamos vacilantes
Sin hallar grato reposo,
¿Cómo vemos anhelantes
El lindo oasis frondoso!

Y si la azucena airosa
Se ve entre punzantes cardos,
¿No es verdad que es más hermosa
Que si entre gentiles nardos
Causara envidia á la rosa?

Recibe en estos cantares
De mi cariño la ofrenda,
Y el deseo de que á tus lares,
Mercedes, nunca descienda
La nube de los pesares.

De tu existencia el camino
Esté de flores cubierto;
Y con fulgurar divino
Te lleve á seguro puerto
El ángel de tu destino.

Sé feliz, mi fiel amiga,
Con la deliciosa calma
Que la virtud nos prodiga;
Que su néctar llene tu alma,
Y hasta al sepulcro te siga.

XXXVII

AL SR. LIC. D. HERMINIO CAZARES.

Léjos del dulce hogar, sin los halagos
Que el amor nos ofrece lisonjero,
En diáfano horizonte placentero
Trocando del dolor los días aciagos;

Cuando llega con pérfidos amagos,
O cruel nos hiere el sinsabor artero;
Cuando el cariño fiel y verdadero
No mata de la ausencia los estragos,
¿Dónde hallar la mirada bienhechora
De la paz inefable y la ventura?

¿Dónde si el mundo es falso, fermentido?
Junto á una flor que el corazón adora,
Flor tan rara y hermosa como pura:
La amistad, que del cielo ha descendido.

XXXVIII

OJOS GARZOS.

Por sentir un placer no satisfecho,
O no hablar, como dicen, de memoria,
Busqué en tus ojos diáfanos el tinte
Del cielo azul, ó la escondida viola;
Mas ¡oh! suerte fatal, ¡quién lo creyera!

Es tan raro el color con que se adornan
Esos ojos cantados por mil vates,
Que á decir la verdad, fuera de bromas,
Sólo encuentro en su fondo el triste aspecto
De un pedazo de vieja y sucia lona
Mal pintada de azul, y con brochazos
De lechada de cal, mi dulce Flora.

(Continuará.)

LA PELUCA DE LA TÍA.

BUENO como el señor Cura, ó malo como Juan Francisco."

—Estas eran las expresiones favoritas para calificar á un pilluelo de Batuecas.

Y había su razón.—En Batuecas ni nadie era más bondadoso que el señor Cura, ni nadie más endiablado que el ya famoso Juan Francisco.

Al verlo todos decían: «no crece de puro malo ese muchacho: tiene doce años y no representa más que siete; pero está flaco de pícaro, tiene los pies enormes de tanto enredar, la nariz, arremangada de tanto husmear, los cabellos rojos de tanto hacer rabiarse y la voz chillona de tanto renegar.»

Todo buen hijo al despertar pide la bendición á sus padres y reza.

Juan Francisco rezaba pero de dientes afuera y maquinando siempre alguna de las suyas entre tanto.

Por esto mismo todos le temían y huían del «Mosquito» como le llamaba Misia Escrúpulos, la sirvienta de la casa y la enemiga más cordial de nuestro héroe.

«Caballerito! solía decirle la vieja entre gruñidos. ¡Habrás demonio! ¿Quién te aconseja el mortificar de esa manera á tus pobres tíos, mis patrones?»

El tío era un buen hombre: honrado y bueno como el pan: cerraba los ojos, festejaba las barrabasadas de su querido Juan Francisco, su ángel, como él llamaba á su sobrino con ternura.

—«¿Qué quieres! le decía á su esposa, cuando ésta le echaba en cara todas las bribonadas del pilluelo. Es vivo, pero no malo—ya verás cómo se sosiega con la edad.—¿No ves que es tan joven? ¿Quieres acaso educarlo para Obispo?»

El pobre hombre se equivocaba medio á medio. El muchacho se hacía cada día más insoportable. A medida que crecía adquiría nuevas habilidades en el arte de enredar.

Un día Juan Francisco colmó la medida de la cólera de su buena tía la señora del Testuz.

¿Qué había hecho? Nada: para entretenerse había colocado un petardo bajo el umbral de una puerta vecina, precisamente en donde vivía una señorita solterona con 45 años, de un genio avinagrado como pocos. La pobre, al estallar la bomba, salió precipitadamente de su cuarto exclamando,

hecha una furia, á voz en cuello: ¡Al asesino, al asesino!

La conserje, pálida y sofocada por la ira, llamó á la señora del Testuz y sin más trámite denunció al *angelito* Juan Francisco como autor.

La señora tomó de la mano al pequeño reo, lo llevó á su cuarto, lo hizo sentar delante de ella; y, en un arranque digno de un Demóstenes con faldas, le increpó duramente, enrostrándole todo lo escandalosamente vergonzoso de su conducta incalificable.

Llegó el tío y al tener conocimiento de lo ocurrido: «¿Cómo? le dijo con un gesto amenazador, ¿así pagas nuestro cariño y nuestros desvelos? ¿Crees que tienes tú el derecho de amargarnos hasta los últimos años de la vida? Sin embargo, quiero ser bueno y perdonarte nuevamente; pero con la condición expresa de que me prometas corregirte en adelante.»

Juan Francisco ni siquiera se dignó levantar del suelo los ojos hasta la barba de su tío.

—«¿Y? ... ¿En qué quedamos? ¿Qué significa ese silencio?»

La callada por respuesta como ántes.

El señor de Testuz no pudo contenerse, y agotada la paciencia por la obstinación del rapazuelo:

—«¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿La indulgente bondad no te conmueve? Apelaremos á otros medios.»

Y aunque fuera una verdadera violencia para su corazón de tío, la lección fué soberbia, y dejó más de un recuerdo en las blanduras de Juanito.

A la media hora la señora tía aplicó el oído á la puerta del *cuarto de reflexiones* donde había quedado el rapazuelo recluso por orden terminante del buen tío.

No oyendo ruido alguno, se inquietó temiendo algún desastre y entreabrió la puerta.

Apénas Juan Francisco vió á la tía se puso á gritar de una manera rabiosa: «Ya verás, ya verás tía, lo que te va á pasar por lo que has hecho!»

La tía, sin preocuparse de los gritos ni de las amenazas, se le rió en sus propias (iba á decir *barbas*, pero *barbas* en un chiquillo de diez años?) narices á lo sumo.

—«¿Qué cara tan fea tienes hoy, mi pobre Juanito! esperaré á que se te pase la murria y volveré más tarde.»

Al otro día, por la tarde, la señora del Testuz estaba cómodamente recostada en un sillón de esos que hoy se llaman *mecedores*. Con el balanceo la buena tía se había dormido y Juan que andaba de un lado para otro se apercebía de la siesta no acostumbrada de la tía.

Un buen chico hubiera cruzado en puntillas por la pieza para no mo-

lestar á la señora. Así lo hizo tambien el rapazuelo pero con intencion aviesa y maquinando un proyecto de los que solo á él se le ocurrían para tormento de los suyos y terror de los extraños, segun el caso.

Hay que advertir que á consecuencia de una fiebre la señora del Testuz había perdido sus cabellos, reemplazándolos por una magnífica peluca.

El sobrino lo sabía, y por esto munido de un hilo se acercó al sillón en que la señora tía descansaba. Se trepó sobre un taburete y sin respirar, de miedo de que lo sorprendieran, ató el moño del postizo á uno de los barrotes del sillón. En seguida salvó el bulto.

Ese día precisamente debía venir un jóven ingeniero, el señor Lindacara, muy pretencioso y relamido; había sido invitado á comer en casa de la familia de Testuz. La cita era á las 4.—A las 3 y $\frac{3}{4}$ el señor Lindacara se presentó de molóculo, tironeando la solapa con la izquierda, agitando su varita de mimbre con la derecha, plantándose muy suelto de cuerpo en la puerta del saloncito donde la tía descansaba.

Tosió discretamente como para anunciarse; la señora se despertó sorprendida ante la aparicion repentina de la visita de *confianza*. En seguida quiso contestar á la profunda inclinacion con que la saludaba el visitante y ¡aquí fué Troya!...

La peluca saltó del casco retenida por el hilo maldito del muchacho y «¡socorro!» gritó la dama tratando de detener la cabellera fugitiva. Le dió un soponcio, se desplomó pesadamente en el sillón.

Cualquiera puede darse cuenta del resultado de semejante escena á la llegada del marido. Hubo gritos, apóstrofes, recriminaciones y como venganza suprema la sentencia final de que el amigo Juan Francisco entraría inmediatamente como interno en un colegio de Jesuitas.

Hoy el nene insoportable es todo un ingeniero militar lo más considerado y respetado del ejército. Ha prestado buenos servicios, y es candidato seguro para la Cruz de los caballeros de Santiago.

«Lo que son las cosas de esta vida! decía el ingeniero Juan Francisco Testuz en una reunion de amigos en que se hallaba el otro día; la peluca de mi tía me llevó al Colegio; en el Colegio pasé á la Academia militar, y la cruz que me han acordado está en resúmen de cuentas, suspendida del hilo que hizo saltar la peluca y la paciencia de mis tíos. Tiene razon el anciano Cura de mi pueblo: «Dios se vale de pequeñas causas para efectos inesperados y providenciales.»

: A. M.

ANTE UNAS FLORES.

Emblema de mis amores,
imágen de mi ilusion,
mustias, deshojadas flores
que el cáliz de los dolores
presentais al corazon.

Recuerdos, dulce esperanza,
dulce pesar, gozo cruel;
ya que mi desdicha avanza
y no miro en lontananza
el astro de ayer infiel,

Mezclad en cáliz amargo
mi pesar y gozo leal,
y dádmelos, porque es largo
vivir en rudo letargo,
sufriendo suerte fatal.

Todos vienen, á mi ver,
mi martirio á consumir;
el fastidio del placer,
el deseo de más gozar
y los recuerdos de ayer.

¿Me dais en la copa bella
mi llanto cruel de martirio?
Pues yo por mi mala estrella
la beberé en mi delirio,
hasta embriagarme con ella.

¡Corazon! calla y apura
con tu valor y firmeza,
el cáliz de la amargura,
porque es día de desventura
y de profunda tristeza.

Cesen tus latidos, mira...
el campo está tan desierto,
que sola mi pobre lira
gime, se queja y suspira
sobre la tumba de un muerto.

Calla, corazon, y muere
en la mitad de tu senda,
pues la mano que te hiere
inexorable ora quiere
nadie tu dolor comprenda.

Como el ave allá en el nido
sobre esas pálidas flores,
muramos sin un gemido,
cual murieron las que han sido
emblema de mis amores.

J. Palacios.

EL SR. DR. D.

Juan de Aguirre y Gorospe,

Quinto Obispo de Durango.

LOS PP. Medina, Crónica de S. Diego, pág. 241; Vetancourt, Teatro de México, lib. I, cap. III, núm. 88; Sigüenza, Teatro Parthenico, pág. 88; escribieron que era criollo el Sr. Aguirre; Beristain llegó hasta asignarle á la ciudad de México como lugar de su nacimiento quizá por que el Sr. Eguiara, á quien tomó por guía en sus importantes tareas, dejó escrito: «Natione mexicanus et patria.» Algun fundamento tuvieron para decirlo; pero he registrado las actas de los bautismos administrados en la parroquia del Sagrario Metropolitano ó de la Catedral, segun se decía antaño, y no he encontrado ni esta ni la del Sr. Barrientos. Por consiguiente no puedo consignar ni la época de su

nacimiento ni quienes fueron los genitores de este prelado.

Los autores citados y otros, que despues mencionaré, le llaman simplemente con el apellido primero; el P. Alegre, el Lic. Robles y despues el Sr. Lorenzana le dan el de Gorospe y de Aguirre.

En el archivo de la Universidad, que ya se sabe existe en su generalidad en la Biblioteca Nacional, encontré el expediente que se formó para conferir al Sr. Aguirre los grados académicos en la facultad de Cánones; allí consta que había obtenido el grado de bachiller, que era sacerdote en 1632, que alcanzó el segundo grado el 15 de Marzo, el tercero ó de doctor el 2 de Abril de ese año, y que dedicó sus actos al Ilmo. Sr. Manzo entónces Arzobispo de México en testimonio de los muchos beneficios que le había dispensado. Sigüenza dice que era doctor teólogo, segun lo expuesto, se equivocó; Vetancourt y Robles apoyan mi aserto al llamarle aquel consumado canonista y este, doctor en canones por esta Universidad. Beristain consigna que nuestro Sr. Aguirre recibió el grado de bachiller en Teología, en 1625, y apoya su aserto en el cronista Plaza.

El Sr. Eguiara añade que muchas veces se presentó á oposicion en las provisiones de cátedras, parroquias y canongías, Beristain dice: «que habiendo intentado hacer oposicion á la Cátedra de Instituta, fué excluído por no ser bachiller en Leyes: el mismo Plaza le cuenta entre los Rectores de dicha Universidad.»

Muchas parroquias, continúa Eguiara, rigió sucesivamente entre otras las de Tenango del Valle y la de Tejupilco y en todas se portó de modo que cumplió su cargo dignamente.

Deseoso de averiguar la fecha precisa en que fué Cura de Tenango acudí á mi entónces compañero y hoy Ilmo. Sr. Pagaza, quien con esa característica bondad que le distingue en prestar su contingente á los estudios históricos me escribía el 6 de Noviembre de 1885.

«... Revisé cuidadosamente el libro 1º de bautismos que comienza en 1614 y allí á fojas 25 aparece esta partida que copié al pie de la letra.

«En 25 de Junio de 1643 años bautize á... (la inserta y que está firmada por el Dr. Aguirre.) Despues de esta sólo hay cuatro partidas más firmadas por el dicho Dr. Aguirre.»

No me ha sido dado saber cuando fué Cura de Tejupilco.

En los diarios de Guijo y de Robles hallé las siguientes noticias:

1652. Miércoles 18 de Julio, llegó correo de España, con noticia del nombramiento del Dr. D. Juan de Aguirre racionero entero.

1653. En la consagracion del Sr.

Arzobispo Azcona [Julio 25) el Dr. Aguirre fungió de diácono.

1656. Al irse á consagrar á Puebla el Sr. Barrientos (Junio) dejó nombrado por provisor al Dr. Aguirre, canónigo de esta catedral, interin que volvía, con consentimiento del Sr. Arzobispo Sagade, quien aún no tomaba posesion.

El 8 de Julio, que tomó posesion el dicho Sr. Arzobispo, se fijó Edicto por el Provisor Aguirre, con censura *latæ sententiæ* y pena de 6 pesos.

1660. Abril 1º llegó noticia que era Obispo de Guadiana el Dr. Aguirre, quien luego aceptó.

Domingo 19 de Diciembre, cuarte Adviento, consagró el Sr. Arzobispo al Dr. D. Juan de Aguirre, Obispo de Guadiana, en el obraje de Tomás de Contreras, en el pueblo de San Jacinto, y fué la comida á costa del dicho Contreras.

1661. Abril, recibió el Ilmo. Sr. Aguirre orden para que fijase Edicto á fin de proveer la vacante del Sagrario, examinase y remitiese al Virrey las resultas.

1663. El Sr. Aguirre salió de esta ciudad, mártes 22 de Enero, para hacer viaje á su iglesia sin dar noticia á persona alguna de la ciudad: había dos años, un mes, dos días que estaba en esta ciudad consagrado. (1)

El P. Alegre, lib. VIII, pág. 447, refiere que en 1667 hubo una gran epidemia en la ciudad de Durango, y en ella hicieron todos los oficios de un celosísimo pastor y de un cuidadoso padre el Sr. Obispo Gorospe y Aguirre y el gobernador D. Antonio de Oca y Sarmiento. «Se hicieron en todas las iglesias de la ciudad muchas demostraciones de penitencia y de piedad para mitigar la ira del cielo, que á todos se mostraba de bronce. Ayudó mucho á la comun consternacion el temor en que se estaba de una invasion de los salvajes. . . . No hallando, pues, donde volver los ojos en tanta complicacion de males, resolvieron acogerse, como otras muchas ciudades de América y de Europa, al patrocinio y sombra del grande apóstol de las Indias S. Francisco Javier.»

Continúa que el 2 de Diciembre de 1668 se eligió y juró patrono de aquel reino, y despues se ejecutó lo mismo en los demás lugares.

Como se quemó, el archivo de la Santa Iglesia de Durango, segun me ha escrito el Ilmo. Sr. Fierro, no se puede saber quienes fueron los primeros capitulares de dicha Catedral, y hay que recoger, al ménos los nom-

(1) El Sr. Lorenzana dice: "tomó posesion del Obispado en su nombre el Arcediano D. José López y Olivas el 13 de Octubre de 1662... por un libro ms. que se guarda en el Archivo (de Durango) en que se trasuntaba algunos de sus trabajos literarios y muchos informes, que hizo al rey, se hallan copiosas luces de su grande talento y de las penosas tareas que tomaba á fin de desempeñar sus obligaciones,

bres de unos cuantos que se hallan en los autores. Además de los dos citados por el Sr. Lorenzana Francisco Rojas de Ayora, y el Arcediano Olivas á quien el P. Alegre, pág. 467, llama José de Oliva y que ascendió á Dean: hay otros:

En las Gacetas que se publicaban en el siglo XVII para dar noticias de las provisiones eclesiásticas hechas por el rey de España, consta que fué agraciado con canongras para esta iglesia en 1668 Juan Navarro, y en 1672 Juan Navarrete Gascue.

En el Diario Robles se lee que en Octubre de 1675 llegó aviso de que el Rey de España había nombrado Dean para la Catedral de Durango á D. José Escuerza, [á quien llama el Sr. Lorenzana Escuerzafigo y Centuria) y Canónigo al Lic. D. Francisco de Lara Mogrovejo.

El Sr. Ríos murió el 13 de Junio de 1700.

El dicho Sr. Lorenzana menciona á Tomás de Lovera en el pontificado del Sr. Escañuela; á Francisco López de Negredo en el del Sr. Legaspi, en los de los Sres. Escalante, Barrera y Tapis, á Jerónimo de Orozco; y Dean, en el del Sr. Elizacochea de 1736 á 1747.

A estos diez, añadiré tres más del principio del siglo pasado: Salvador Becerra y Zarate nombrado prebendado en Agosto de 1735, el Dr. Francisco Pérez de Aragon, zacatecano, Doctoral en 1732 que ascendió á Chantre por real nombramiento en Septiembre de 1742, y Francisco Diego de Inurrigarro, Cura que fué del Rosario, Chihuahua, Nombre de Dios, Sagrario de Durango y Canónigo Magistral que había ingresado al Colegio de Santos en 31 de Octubre de 1736. Este número muy léjos está de completar el de los que hubo en el 1º siglo de la fundacion del Cabildo.

Que se me disculpe esta digresion, y sirva para que otro, con mayores elementos de los que tengo á mi alcance, complete y perfeccione esta insinuacion.

Volvamos al Sr. Aguirre.

1671. Octubre, mártes 6, vino nueva de haber muerto el Obispo de Guadiana, Dr. D. Juan de Gorospe y Aguirre, el día 21 de Septiembre á las diez de la mañana.

El Sr. Eguiara dice que ántes de su consagracion y aún despues, se promovió una controversia sobre sí el nombrado para sucederle en la canongía podía tomar posesion de ella cuando no la había renunciado. Este fué el origen de un folleto que publicó y que el Sr. Beristain lo intitula: «Alegacion en Derecho sobre qué no puede ser puesto en posesion de una Prebenda el provisto en ella por ascenso de un Obispo, hasta que este la renuncie formalmente.» En México 1662 fol.

Este célebre bibliófilo nos da noticia de otros dos opúsculos: Informe

jurídico sobre las religiosas carmelitas de México. Imp. 1661, fol., y Justificacion de una sentencia dada en la causa de esponsales de Antonio Pedrique. Imp. en México sin año en fol., y por fin que en Durango se guarda un libro ms. con otros varios opúsculos que manifiestan su talento y literatura tanto como su celo pastoral.

En nuestro Museo Nacional se conserva un retrato en pintura de este Prelado á quien allí se le asigne como individuo del Consejo del rey.

MANUEL HERPST.

LA INGRATITUD DE LA IGNORANCIA.

FABULILLA.

Enjugándose el sudor
De su faz tostada y ruda
Bajo una encina copuda
Halló sombra un segador.
Y mirando al sol decía:
—Tu intenso calor me espanta,
Si tu no existieras ¡cuánta
Mi felicidad sería!
¡Qué contrario y diferente
Eres á este árbol hermoso!
Tú me abrasas, y él, frondoso,
Me da sombra y fresco ambiente.
Y el sol dijo:—Rabia y trina,
Que eres un necio hablador.
¿Tú crees que sin mi calor
Daría sombra esa encina?

UN DELIRIO.

CUANDO Ernesto volvió á su pobre domicilio despues de cansadas idas y venidas por calles y plazas de Madrid para encontrar ocupacion y amparo con el favor de antiguos amigos y conocidos de su familia, no tuvo necesidad de hacerle muchas preguntas su desconsolada esposa Mauricia.

Solamente le dijo:

—¿Nada?

Y la mirada de sus tristes ojos se dirigió hacia dos hermosos niños de pocos años, que dormían con dulce sosiego en una camita de madera.

—¡Nada!—repitió él como un eco, dejándose caer en una silla y oprimiéndose la cabeza con ámbas manos.

Reinó en la estancia profundo silencio, hasta que Ernesto se levantó y dijo á su esposa:

—¡Tengo hambre!

Mauricia le miró con desolacion, y abrazándole amorosamente contestó:

—¡Pobre Ernesto mío, qué desgraciados somos! Mira: en ese armario guardo la comida de nuestros hijos, que duermen tranquilamente. ¿Quieres comerte la mitad?

—¿Y tú?

—¿Yo? . . . ¡Dios me ampare! . . . no tengo ganas . . .

—¡No quiero, no!—respondió Ernesto, adivinando el sacrificio que hacía su esposa, por amor á sus hijos. —Voy á acostarme, porque el que duerme descansa.

—¡Oh! carecer nosotros de lo más necesario para la vida, mientras otros más felices amontonan el dinero á manos llenas!

—¿Por quién dices eso, Mauricia?

—Por nuestra vecina. Hoy ha ido á cobrar la renta del trimestre último. . . . 2,500 pesetas; ¡Jesus! ¡cuándo tendremos siquiera la cuarta parte de una suma como esa!

Y la pobre mujer empezó á llorar cerca de la camita de sus hijos, mientras Ernesto se acostaba en una alcoba inmediata.

¿Cuánto tiempo durmió aquel esposo y padre desgraciado? No hubiera podido decirlo: despertóse con mortales escalofríos, y vió á su mujer sentada á la cabecera de la cama de los niños y sollozando.

—¡Llora!—murmuró—¡Piensa en nuestros hijos!

Dirigióse hacia la ventana, y á la triste claridad de una mañana de invierno, vió los tejados cubiertos de nieve.

—¡Qué frío!—dijo—¡Qué frío y cuánta desdicha en esta casa!

Tomó su raída capa, y la extendió sobre su mujer.

Miró en seguida á los niños, y quitándose la americana que tenía puesta, la puso á los pies de los pequeñuelos para protegerlos contra la atmósfera glacial de la estancia.

Y él á pesar del intenso frío, permaneció rígido, inmóvil, en honda meditación, en torpe sueño. . . .

—No quiero una fortuna, no; sólo quiero trabajo para ganar el pan de mi mujer y mis hijos. . . . Y sin embargo, ¡cuántos que no trabajan tienen riquezas, atesoran el dinero!

Pensó en su vecina y murmuró:

—Es ella sola, solterona, y tiene una renta anual de diez mil pesetas. ¡Si yo tuviese tanto dinero como esa vieja! ¿Robando? No por mí, sino por mis hijos, que no tienen qué comer. . . .

Y despues de largo silencio, balbuceaba:

—Gritaría, pediría socorro. . . ¡Oh! ¡no! jamás!

Y se estremeció sobre el lecho, lleno de horror, imaginando que al blanca nieve de los tejados estaba salpicada de siniestras manchas rojas.

A tientas encontró en la mesa un cuchillo de cocina que había dejado allí por olvido su mujer.

Vaciló un instante, y luego lo cogió y lo escondió entre la manga de la camisa, en el brazo derecho.

—Si grita, que grite. . . . ¡Peor para ella!

La vecina dormía tranquilamente con el rostro iluminado por la trémula luz de una lamparilla que estaba pendiente del techo del gabinete.

De pronto salta la cerradura de una cómoda, oyóse el rechinar de un cajón que se abría, sintióse caer el cartucho de monedas que rodaban por el pavimento con metálico sonido. . . .

Y cuando una exclamación de alegría y al punto un ronco grito de coraje turbaron el silencio del aposento, la anciana, con el rostro contraído por el terror, incorporóse en el lecho, y gritó, con recia voz de espanto:

—¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Socorro! La desgraciada no pudo gritar más; el ladrón, el asesino había saltado sobre ella puñal en mano.

Y luego recogió las monedas, los billetes de Banco, las joyas, y se lanzó fuera de la estancia.

¡En vano! Los gritos de la víctima habían sido escuchados; subieron al cuarto los agentes de policía, encontraron al ladrón y asesino que forcejeaba por huir, le maniataron, le empujaron hacia un rincón hasta que llegara el Juez de guardia.

Y en aquel instante un grito espantoso, terrible salió de la garganta de Ernesto, quien cayó sin sentido al suelo.

Cuando volvió á abrir los ojos, Mauricia estaba arrodillada á la cabecera de la cama donde yacía el pobre cesante y le enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo tibio que olía á espliego.

Era ya medio día y un rayo de pálido sol de invierno, rasgando las nubes, entraba por las ventanas de la humilde estancia.

Ernesto se incorporó en el lecho, y con espantados ojos miró á su mujer, á sus hijos, á las ventanas, á las paredes, á todas partes donde alcanzaba su vista.

—¡Pobre Ernesto mío!—le dijo su mujer con voz cariñosa.—Ya no tienes delirio, ya estas mejor, ¿no es verdad? Mira, mira, hay buen fuego en el hogar, y comida abundante para todos.

—¿Fuego, hogar, comida?—repetía Ernesto balbuciente.

—Sí, Sí. . . . Y además, ¿sabes? desde mañana tendrás trabajo.

—¿Trabajo? ¡Dios mío! ¿qué es esto?

—Pues nada más sencillo: nuestra rica vecina, ¡santa señora! se ha compadecido de nosotros, de tu situación afflictiva, y además de proporcionarte ocupación honrosa en tu mismo oficio, me ha regalado un billete de 50 pesetas para que atienda á nuestras necesidades más urgentes y al cuidado de tu quebrantada salud. Mira, mira, ¿ves?

Y Mauricia, que había cambiado el billete para los gastos más precisos, enseñó á su marido un puñado de duros.

¡Cuántos pensamientos asaltaron en tropel la mente del pobre Ernesto!

—¡Qué terrible pesadilla!—murmuraba.—¡Qué horrendo delirio! ¿Luego es verdad que no he robado? ¿Luego es verdad que no tengo las manos manchadas de sangre?

Y cuando la caritativa vecina pidió permiso horas despues para hacer una visita al enfermo, éste se arrojó de la cama, vistióse precipitadamente, salió al encuentro de aquella y, arrodillándose á sus plantas y estrechando con sus callosas manos la mano fina y delicada de la señora, exclamó con acento de gratitud:

—¡Oh, señora! No puede usted comprender cuán inmensa es mi alegría en este instante al verla en mi humilde casa, siendo el amparo de mis hijos. ¡Bendito sea Dios, que da resignación á los pobres y caridad á los ricos!

¡MADRE MIA!

Fuiste mártir aquí, para ser santa donde la gloria sin dolor existe; con fé que en el martirio se agiganta, bajo la cruz de tu pasión caíste, y hoy esa cruz piadosa te levanta hasta el trono de Dios. Ya que subiste á tan excelso hogar, oye mi queja: ¡Madre, no sé vivir, si Dios me deja!

Alfredo Suárez de la Escosura.

SONABA.

Sonaba yo: mis párpados henchidos
De lágrimas sentía;
Soñé que estabas en la tumba, muerta,
Y muerta te veía. . . .
Era un sueño no más, pero despierto
Lloraba todavía.
Estaba yo soñando, y por la cara
El llanto me corría;
Soñé que te arrancaba de mi lado
Alguno, vida mía. . . .
Era un sueño no más, pero despierto
Lloraba todavía.
Soñaba yo. . . Me ahogaban los sollozos,
El llanto me bebía. . . .
Estaba yo soñando que me amabas,
Soñando que eras mía!
Era un sueño no más, no más un sueño
Y lloro, más que nunca, todavía.

LAGRIMAS.

Porque no estrenó un vestido
El día que ella pensaba,
La bella Aurora lloraba
Su deseo mal cumplido.
Lo estrenó: fuése á bailar,
Y también allí lloró,
Porque su novio bailó
Un rigodón con Pilar.
Lanzó sus ayes postreros
Su madre, y ocasión tuve
De no advertir ni una nube
En sus ojos hechiceros.
Y también murió su Eduardo,
En mal tiempo y en mal hora,
Y aunque estoy fijo en Aurora,
En balde su llanto aguardo.
Como Aurora sé de ciento
Que tienen á su acomodo
Las lágrimas para todo. . . .
Ménos para el sentimiento.